

Pregón de la Semana Santa

Cartagena 2025

Dedicatoria

Entrada. Un legado familiar

Saludos

Primera parte. Una vivencia emocional y devocional

Segunda parte. Vínculo y homenaje

Semanas Santas de Cartagena y La Unión: un vínculo de fe

Virgen de la piedad: íntima contrición

Tercer parte. Evolución de la Semana Santa de Cartagena

Identidad frente a innovación

Dificultades económicas

Desastres históricos

La emulación y la colaboración

Aprendizaje y responsabilidad

Cuarta parte. Cierre: bendito sacrificio

Dedicatoria

Cada palabra que voy a pronunciar hoy nace del amor profundo por la Semana Santa y por Cartagena que me legaron mis padres: Gonzalo Wandosell Morales y María Dolores (Laly) Fernández de Bobadilla Bufalá ¡Va por ellos!

Entrada

Un legado familiar

Gracias, Cartagena. Gracias a todos los que estáis aquí y en vuestras casas, por arroparme. Este atril impone. No lo niego. Por eso he invocado al Espíritu Santo hace un momento para que me ilumine; y ahora apelo a vuestra indulgencia, la que merece todo acto de amor...

Querida alcaldesa, la misma noche en que recibí tu llamada, un amigo, sabio y de confianza, me dio tres consejos sobre este pregón: «se razonablemente breve, abre tu corazón sin ningún óbice y, sobre todo, procura que no se transparente demasiado tu color».

Las dos primeras peticiones son «marca de la casa», y con la tercera supongo que se refería a lo que todos queremos saber de los demás en estos días: si su color es el negro, el rojo, el morado o el blanco.

En lo que respecta a los colores, en mi caso es fácil.

Quienes me conocen «un poquito» saben que son: el rojo... y el verde..., sí, el verde, y no porque yo escriba en tinta verde desde los diecisiete años, sino por lo que la gran Carmen Conde escribió hace casi cien años en un poema:

«Del faro rojo al faro verde. Del faro verde al faro rojo.

¡He abierto la madrugada, caminando de faro a faro!».

(Carmen Conde. Brocal. 1929.)

Yo abrí mi vida así, yendo del faro rojo al faro verde y del faro verde al faro rojo, porque según me contaban mis padres, cuando en mis primeras noches me entraban unos berrinches impredecibles e insondables, cogían el coche, e iban de un faro al otro esperando pacientemente a que cayera en los brazos de *Morfeo*.

Desde entonces, llevo esos dos colores, el rojo, del faro de Navidad, y el verde, del faro de la Curra, estampados en mi ADN...

Dejando ese asunto de los colores a un lado, hoy he venido, con humildad y sencillez, a leeros el pregón que he escrito con pasión y responsabilidad...

Pero reconozco la excepcionalidad de este momento, y por eso, antes me gustaría sincerarme con vosotros, confesaros algunas cosas, y contaros unas vivencias personales.

Confieso que Cartagena es mi «terruño», mi «Macondo» particular, y nunca, nunca, me siento más cartagenero que en estos días de pasión y gloria. De hecho, yo existo gracias a la Semana Santa de Cartagena.

Martes Santo de 1962. Una joven sampedrística, mi madre, quería hacer una llamada telefónica en una cabina frente al Rincón de Pepe. No tenía monedas y le pidió alguna a un chaval que no conocía, y que pasaba por allí en aquel momento: mi padre.

Admito también que soy, y lo digo con orgullo, uno de esos cartageneros cuya familia esperaba su nacimiento para inscribirlo en la cofradía californiana. En eso no había discusión. La decisión difícil, aplazada hasta mi nacimiento, radicaba en elegirme la agrupación.

Os cuento. Mi madrina pertenecía a la Virgen del Primer Dolor; mi tío abuelo Emilio a la Santa Cena; mi abuelo paterno, como buen artillero, era del San Juan; otros familiares, de los judíos; mi padre había fundado con unos amigos la Coronación de Espinas; y mi madre y mi abuelo materno, los advenedizos, bebían los vientos porque yo fuera del San Pedro.

Solo había una consigna clara: una única agrupación debía ser la elegida.

Al día siguiente de mi bautizo, ya siendo católico, me apuntaron en la cofradía y al llegar el momento de decidir la agrupación, mi madre, la eterna Laly, zanjó la discusión antes de empezar confesando que, aliándose «a la sordina» con varios dirigentes del San Pedro, me había inscrito en la agrupación un mes antes de nacer.

Por tanto, vine al mundo siendo ya sampedrística, y ni mi padre, ni nadie, pudo hacer nada.

Con apenas tres años empecé a salir con mi madre de nazareno el Martes Santo, y, en mi infancia y adolescencia, mi abuelo paterno Álvaro y mi tía Sol Wandosell me inculcaron a fuego los valores de nuestra Semana Santa.

Con diecisiete años me fui a estudiar a Madrid, durante más de una década ejercí de cartagenero ausente, y al regresar a Cartagena en 1996 me incorporé a los caballeros portapasos del San Pedro, y entonces mi padre me pidió que cumpliera uno de sus sueños: que yo saliera de penitente de la Coronación de Espinas.

Yo no lo tenía claro. Mi dislexia y mi falta de ritmo y coordinación me habían alejado del tercio de San Pedro en mi infancia, y me advertían del posible desastre, pero no quería decepcionar a mi padre, y tenía la inquietud intelectual de vivir la Semana Santa desde la intimidad que se genera detrás los orificios del capuz.

Y al final lo hice. El 26 de marzo de 1997, Miércoles Santo, me inflé de valor e ilusión, y bajé la rampa de Santa María de Gracia al ritmo del tambor. Lo recuerdo como si fuera hoy. Era el penúltimo capirote de la fila de la derecha.

Pobre de mí, lejos estaba de adivinar entonces mi odisea de las tres siguientes horas... No es que perdiera el paso alguna vez, es que nunca lo encontré...

Nada más bajar la rampa, el tambor y yo nos separamos. Yo miraba todo el rato al frente y a los lados a mis compañeros para no perder el acompasamiento y la distancia. Siempre estaba perdido. Escuchaba mensajes de ánimo, y en alguno creí reconocer a mi padre. «¡Venga que tú puedes!» «¡Tú lo vas a conseguir!». Sufría en silencio. Lo asumí como mi penitencia.

Al final me di cuenta de lo inútil de mi lucha, me relajé y por fin entré al ritmo del tambor, solo para descubrir que en ese momento ya subíamos la rampa en la iglesia, de recogida.

Mi padre entendió mi renuncia a su sueño, y desde entonces me concentré en la bendición de ser portapasos de San Pedro, me incorporé a la «Capilla Polifónica Francisco Zabala», y a la compañía teatral californiana «La Linterna», donde compartí escenario con mi madre representando La Venganza de Don Mendo y el Don Juan Tenorio.

En 1998 tuve la oportunidad de ser portapasos fundador de la Virgen de la Esperanza, y eso me permitió reencontrarme con mi deseo de poder disfrutar durante muchos años del recogimiento anónimo tras los dos orificios del verdugo, porque como dijo la poeta unionense María Cegarra: «Llevando el mundo dentro y los ojos vacíos se puede soñar y cantar». (María Cegarra. Cristales Míos. 1935).

Después de casarme, gracias a San Pedro, porque conocí a mi mujer en un paréntesis a mi vuelta al mundo para sacarlo a hombros, mi madre evitó su acercamiento a los marrajos, y la envolvió rápidamente, junto con mis hijos, con el manto de San Pedro. Todos sampedristas y californios por decreto materno. Aunque luego ella se hacía trampas a sí misma, y viajaba por el mundo solo con Mariana y sus amigos marrajos.

Al retirarme de portapasos en 2014, por voluntad propia, seguí saliendo de nazareno con mi madre el Martes Santo y acudiendo con ella a todo tipo de actos de Semana Santa, a los que sigo yendo en su homenaje, como la recogida de juguetes para caridad cada 28 de diciembre, en la que se sentaba al final de la sala capitular, y, como una «reina madre», organizaba la actividad, y ponía las pilas a los juguetes y, de paso, a todos los que estábamos allí. Un recuerdo imborrable. Y, para compensar, comencé a acompañar a mi padre a entregar los faroles a las señoras de la junta de damas que salen detrás de la Virgen de la Esperanza. Algo que sigo haciendo con mucho orgullo hoy en día en honor a él.

Allí descubrí mi momento especial, mi «lugar» favorito de la Semana Santa, al tener la posibilidad de vivir la salida de la procesión del silencio desde dentro de la iglesia.

Se lee el reglamento, la oscuridad nos invade, las puertas se abren y los tercios se forman delante del altar mayor, y salen a la calle, aunque, en realidad, parezca que vayan de Cartagena directos al cielo...

Mis padres sí que ya recorrieron ese camino, pero yo sigo viéndolos cada Semana Santa.

A mi padre lo imagino como uno de los sayones del trono de la Coronación de Espinas, que lo podía haber sido si él y su inseparable amigo Manolo Flores no hubieran trasnochado cuando el escultor Federico Coullaut-Varela los citó para utilizar sus rostros de modelo; y a mi madre como portadora que fue de una de las borlas del sudario del

tercio masculino de San Pedro, sí masculino, algo que en los años 60 pocas mujeres podían soñar...

Comparto con vosotros estas experiencias personales porque me gustaría que con este pregón quedaran claras dos verdades:

Primero, que la Semana Santa, para mí, se define en dos palabras: mis padres. Laly y Gonzalo.

De la misma manera que el protagonista de «Cien años de soledad» de Gabriel García Márquez aferraba el recuerdo de su amada en los ríos y montañas de Macondo, yo ato la memoria de mis padres en nuestra Semana Santa. Cada tercio, cada imagen, cada trono, cada marcha o cada salve son para mí una fuente de dolor, porque ya no los tengo, pero también de dicha, al aceptar que esos recuerdos son la prueba de que una vez los tuve.

Yo disfruto esos días viviendo el sueño de mis padres, y el de mis antepasados. Y si lo pensáis un poco, vosotros también lo hacéis, al igual que nuestros hijos, nietos y bisnietos vivirán los nuestros en el futuro. Esos infinitos anhelos harán que nunca muera nuestra Semana Santa.

Por esas razones he querido dedicarles este pregón a mis padres. Bendito sea el Señor y benditas sean las buenas personas. Benditos sean Laly y Gonzalo ¡Ser su hijo fue una dávida de Dios!

En homenaje a ellos dos me he acompañado en estas palabras con el *Mektub* de Mariano San Miguel Urcelay, la marcha de Semana Santa favorita de ambos, que cumple cien años. Mi madre, el día que murió me pidió, entre otras cosas, que sonara en su funeral, y se lo había pedido también al vicepresidente ejecutivo de San Pedro. Por mi cobardía y otras razones no pudimos cumplir nuestra palabra, y los dos teníamos esa espina clavada en el corazón. Blas, espero que con esto nos perdone, más que nada porque me gustaría que tú y yo tuviéramos una tranquila entrada en el cielo, cuando nos toque...

Segundo, que me encanta «cartagenear». No puedo evitarlo. Los que me conocen lo saben. Eso también lo heredé de mi padre. Donde voy por el mundo no tardo ni dos minutos en sacar a colación mi ciudad. Me apasiona ser su embajador.

Guardo la anécdota de una comida en enero de 2016 con un directivo de la ONCE de Madrid, al que no conocía, y que acabó, después de una apasionada charla sobre la Semana Santa de Cartagena, con la imagen del Cristo del Prendimiento, cuya agrupación cumplía setenta y cinco años, en los tres millones y medio de cupones de ese Miércoles Santo, 23 de marzo.

Yo soy también de los que piensa que Cartagena debería ser fundada en cualquier exoplaneta que el ser humano conquistara en el futuro.

Me siento muy orgulloso de mi identidad cartagenera, aunque no siempre puedo expresarlo abiertamente. Pero hoy estoy en mi casa, y ante vosotros sí me sale gritar lo feliz que me siento de ser hijo de nuestra patrona, la Virgen de la Caridad, que es lo mejor que se puede ser.

Por eso os pido que me deis energía para terminar el pregón acompañándome cuando os digo: Oído cartageneros y visitantes

¡Viva Cartagena!

Otra vez, más fuerte.

¡Viva Cartagena!

Saludos

Excmo. y Rvdmo. Sr. Obispo de la Diócesis de Cartagena

Excmo. Sr. presidente de la Comunidad Autónoma de la Región de Murcia

Ilma. Sra. alcaldesa de Cartagena y corporación municipal

Ilmos. miembros de la Junta de Cofradías de Semana Santa

Excmas. e Ilmas. autoridades civiles, militares, académicas y eclesiásticas

Querido Procesionista del Año

Querida Nazarena Mayor

Queridos Paty, María y Jandro. Sin vosotros carezco de sentido, como un Cristo sin cruz.

Querida familia, amigos, compañeros de la UCAM, cofrades y hermanos en Cristo Jesús

Mis queridos padres, siempre presentes

Yo, ante todo, soy cartagenero, cofrade y creyente, por «dialecto paterno y materno», y no me escondo ante los que, siguiendo una corriente cuasi dominante, pretenden rebajarte intelectualmente al anunciarlo. En absoluto.

Hoy vengo feliz, vengo lleno. Pronunciar este pregón es gozo de enamorado, y espero hacerlo bien, porque como afirma Cervantes: «Lo que se sabe sentir, se sabe decir». (Miguel de Cervantes. El Amante Liberal. Novelas Ejemplares).

Tranquilos, no os voy a narrar las procesiones, porque os las sabéis mejor que yo.

Solo pretendo regalaros un viaje a mi alma cartagenera, disfrutar, y enclaustrar este momento extraordinario en mi memoria.

Dividiré el pregón en cuatro partes más: en la primera os llevaré a mi visión de la Semana Santa de Cartagena; en la segunda haré un par de referencias muy especiales para mí; en la tercera relataré un breve estudio histórico de la evolución de las procesiones; y en la cuarta, lo cerraré con otra confesión íntima y necesaria.

Primera parte

Una vivencia emocional y devocional

Permitidme que haga en esta primera parte algunas consideraciones íntimas y personales de la Semana Santa, desde mi fe, y desde mi amor a Cartagena.

Quiero hablaros sobre la solemne y sublime manifestación religiosa que tiene lugar en nuestras iglesias y calles, y voy a procurar hacerlo con «verdad y cordura». (San Pablo, Hechos 26:25).

En mi humilde opinión, la Semana Santa de Cartagena es tradición, liturgia y oración.

El municipio se convierte en una catedral al aire libre, y se revive el acto de amor más grande jamás presenciado. Nuestra Semana Mayor es ¡Dios en las calles!

Lope de Vega concluía y se preguntaba,

«No soy yo Cristo, soy estampa suya,
ni vivo como yo: ¿vive en mí Cristo?»

(Si de piel asperísima vestido. Lope de

Vega.)

Le respondo.

Yo creo que Cristo vive en nosotros, y en estos días lo situamos en el centro de nuestras vidas, buscamos intimidad con él a pesar de la multitud, meditamos, reconocemos su grandeza al aceptar su propia muerte; y sentimos la necesidad de anunciarlo a quienes, por increíble que parezca, no lo conocen todavía, o lo conocen mal.

Queremos convertir al público en fieles, y procurar que ninguno se pierda en el camino, porque «vivir es Cristo» (San Pablo. Filipenses 1,21), y el que entregue la vida por su causa, se salvará. (Lucas 9, 24-48).

Los vientos contrarios, incrédulos o disonantes no nos zahieren, porque al igual que *Dostoievski*, entre Cristo y «la verdad» elegimos a Cristo; y «toda vida cristiana consiste en responder al amor de Dios» (Benedicto XVI. Mensaje Cuaresma 2013).

Ya lo dijo Quevedo,

«Quien, por sus enemigos, expirando,

pide perdón, mejor en tal deseo
mostró ser Dios, que el sol y el mar bramando».

(Quevedo. Soneto Vinagre y hiel para sus labios
pide.)

Cartagena, fiel a su Semana Santa, se envuelve cada año en seda pasional, a modo de gran fanal, y hace honor al sobrenombre de «Taller de Guerra» que le puso, en el siglo V, el militar y filósofo griego *Jenofonte*. En este caso, de la «guerra» por reivindicar y amplificar las implicaciones de la pasión humilde de Cristo, dibujada sin igual por el poeta Miguel Hernández.

«...Y entre mil encapuchados con mil llamas de mil cirios,
con las carnes desgarradas aún más pálidas que lirios
y la cruz sobre los hombros, cruza, humilde, el Nazareno».

(Miguel Hernández, El Nazareno. 15 de abril de 1930 en Voluntad.)

Esa celebración universal transmuta en autóctona: la «Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo según Cartagena».

Durante la mayor tradición de la trimilenaria, pura identidad del municipio, la ciudad cambia de color, de aire y de paisaje. Nunca es más ella que en su «perfil pasionario»: cosmopolita, liberal y santa. Cartagena se vuelve revolucionaria, que es lo que le gusta ser. Y no hay nada más revolucionario hoy en día que vivir la fe en libertad, porque, como decía Juan Pablo II, «...vale la pena dedicarse a la causa de Cristo». (Discurso del Santo Padre a los jóvenes, Madrid, 2003).

Los cartageneros cofrades, de toda condición social y cultural, formamos «un solo cuerpo para Cristo», como escribió San Leandro; un gran corazón cofrade, añadido yo, y caminamos al unísono al golpe del tambor. Somos iglesia «en salida», la que tanto solicita el Papa Francisco, y actuamos como un dique frente a la secularización actual.

Desbordamos nuestra pasión cartagenera más escondida para mostrar en las calles que con actos humildes y sencillos, y con sacrificios generosos, se pueden vencer las injusticias, y transformar con luz renovadora la existencia de los que nos rodean.

Nosotros también cambiamos, aunque no podamos verlo. Fundimos nuestros corazones, y avanzamos conjuntamente camino de la salvación, evitando «guiñadas», y poniendo a Dios en nuestra vida con la Resurrección de Cristo.

Todos ayudamos con ello al desarrollo místico, económico y social del municipio, y aportamos un trocito de nosotros, material, espiritual o emocional, por lo que la Semana Santa nunca vuelve a ser la misma, y aunque nos vayamos, queda impregnada de cada uno. Por eso no se concibe la Semana Santa de Cartagena sin el recuerdo de los que se fueron.

La ciudad entera se mimetiza con Jerusalén. Nos identificamos con la Pasión de Cristo de una forma muy especial, quizá porque es posible que algún habitante de *Cartaghonova* estuviera entonces por aquellas tierras, e incluso participara en esos actos, o porque la propia historia de Cartagena está llena de episodios de gloria, sufrimiento y desprecio; de los que siempre ha renacido orgullosa, acechante e indomable.

Los cartageneros normalizamos esos episodios extraordinarios, los hacemos nuestros, cercanos. Incluso convertimos en residentes a alguno de sus protagonistas, como a Pedro Marina Cartagena (San Pedro) o a Juan Zebedeo Salomé (San Juan); incluimos imágenes no tan habituales en otros sitios, como Santiago y la Samaritana; convertimos en cuasi procesiones los traslados; bailamos con gracejo alguna imagen al son de un pasodoble, sacamos a la calle nueve vírgenes con diferentes advocaciones para compartir el inmenso dolor y la insoldable alegría, y colocamos azulejos en homenaje a ellas por la ciudad, como sucedía en el siglo XVIII. Os animo a relanzar ese culto popular que yo creo sano.

La Semana Mayor cartagenera es un universo entrañable de emocionantes actos sucesivos y paralelos. Debemos elegir nuestro «lugar» favorito de la Semana Santa, qué momento especial vamos a vivir con el alma: el paso de algún tercio por un sitio de toda la vida, sus salidas o sus entradas, las salves, las levantás de los portapasos, etc., etc., etc. Son infinitos.

Los sentimientos se esconden en cada imagen, en cada paso y en cada flor. A veces basta una mirada. Los disfrutamos como si fuera la primera y única vez, nos edificamos y aprendemos, porque vivimos esos hechos históricos como nuevas experiencias.

Por ello, la Semana Mayor es distinta para cada visitante y para cada uno de nosotros, pero solo tiene sentido cuando los cartageneros comprendemos que todos somos una tesela dentro de un gran mosaico. Debemos acoger incluso a los que la viven con pasión, pero sin fe, o a los que tienen fe, pero buscan otros intereses; aunque nosotros no dejemos de rezar para que acaben «cayéndose del caballo».

Somos mediterráneos, no nos ilusiona la austeridad, pero hay que reconocer que la entrada en nuestra Semana Santa es de despiste.

Arrancamos el Viernes de Dolores de la mano del recogimiento y la introversión de la cera, saltándonos la secuencia narrativa, con un crucificado: el Santísimo y Real Cristo del Socorro. Vendemos tanto nuestro color, nuestra música y nuestra luz, que a veces olvidamos que esa penumbra de Dios es también nuestra Semana Santa.

Gracias a quienes lo hacéis posible, por enseñarnos a orar bajito y prepararnos el corazón.

Ese mismo día volvemos a saltarnos la esencia narrativa con el sobrecogedor recorrido del Cristo de la Misericordia.

Gracias a quienes lo hacéis posible, por simbolizar la majestuosa piedad divina.

Los californios nos muestran en otras cuatro procesiones la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén y todo el conjunto de sucesos que «derivaron de un simple beso», y el jueves nos envuelven en un oscuro manto de silencio para mostrarnos el sufrimiento homicida de Cristo.

Gracias a quienes lo hacéis posible, por proveernos de la fuerza interior necesaria para entrar de lleno en los días más duros de la Pasión.

Los marrajos, en cuatro procesiones, nos conceden línea con nuestra Señora del Sexto Dolor, nos arrastran al delirio místico del «encuentro» y nos introducen en la verdadera Pasión.

Gracias a quienes lo hacéis posible, por sobrecogernos con el callado sufrimiento y la humilde muerte de Cristo y el dolor de su madre.

Y se cierra con la Resurrección del Hijo y la redención de todos los hombres. Las campanas de esperanza y la pura alegría nos invaden al cerrarse la historia de una promesa.

Gracias a quienes lo hacéis posible, por mostrarnos la respuesta del Padre a la obediencia del hijo, y abrirnos la puerta a un tiempo de renovación y conciliación con Dios.

El afán del municipio por mostrar la Pasión de Cristo es tan grande que lo derramamos en procesiones por varios barrios y diputaciones: Cabo de Palos, La Manga, Los Belones, Pozo Estrecho, Alumbres, El Algar, San Antón, El Barrio Peral, Los Barreros, Los Dolores, El Barrio de la Concepción, La Palma, El Ensanche, La Aljorra, Santa Ana, El Llano del Beal, El Albuñón o La Puebla. Gracias también a quienes lo hacen posible, porque todas definen con singularidad nuestro inmenso espíritu cofrade.

Algunos confunden la Semana Santa con unas fiestas populares, o con una «gimnasia sacra», y participan con un sentido totalmente equivocado, o se alejan en esos días de nuestra tierra, manteniéndose al margen de un rito litúrgico y procesional que consideran huero. Lo respeto, pero corren el riesgo de que Cartagena se convierta para ellos en un lugar de residencia cualquiera, perdiéndose esa parte de su alma mística que, sin embargo, lleva a algunos dolorosos exiliados a regresar cada año para renovar su sangre y su fe cartagenera.

Nuestra Semana Mayor es mucho más que unas fiestas, es arte sacro y urbano, sí.

Es una obra de arte total, una *Gesamtkunstwerk*, que es como Richard Wagner calificaba a la ópera por integrar seis artes distintas. La Semana Santa conforma un paisaje que se nutre de la escultura, la música, la literatura, las artes suntuarias y culinarias, el arte floral, la pintura, la fotografía, el dibujo y la arquitectura; pero si no pone a Dios en el centro pierde todo su sentido: se vacía.

En esa manifestación comunitaria de piedad popular son importantísimos los elementos ambientales, como la actitud del público, los efectos de sonido o la iluminación.

Un nítido recuerdo que tengo de infancia es cómo la delegación de sindicatos de Cartagena formaba, en los años setenta, una gran cruz en una de sus fachadas con las ventanas iluminadas en rojo. Desde este atril animo a los particulares a participar en el concurso de balcones y fachadas, organizado por la Asociación de Mujeres Cofrades de Cartagena y el ayuntamiento, y a los responsables de los edificios institucionales a hacer lo mismo fuera de concurso.

He leído, y oído, que algunos se refieren a la Semana Santa como días de arte efímero, pero a mí nada me parece más perenne en la vida: un territorio de certeza en tiempos de inseguridad, desasosiego y desorden.

Los cartageneros abordamos la Semana Santa con el disfrute de una rosa recién abierta, que, aunque va muriendo día a día, sabemos que renacerá al año siguiente.

Las manecillas de los relojes se funden, el tiempo se paraliza y se vuelven cadentes los pasos. Volvemos al pasado, lo hacemos presente, eterno. Nuestras prisas y problemas se congelan, nuestras sombras se esconden, nuestros nombres se desvanecen en el aire, nuestros cuerpos apenas piensan en cansarse y comer, y solo queremos ser lo que más nos gusta: cofrades e hijos de Dios en busca de la reflexión y el recogimiento.

En esos días los habitantes de esta ciudad dejamos de «vivir con la mirada baja», como decía la gran poeta María Teresa Cervantes, mantenemos el alma levantada y resucitamos día a día con el estilo de Dios: cercanía, compasión y ternura. (Papa Francisco, Vaticano, 22/10/2022).

La Semana Mayor nos genera sentimientos y emociones maravillosas, es verdad, pero nada de eso sirve si no se traduce en caridad, santo y seña de Cristo, y si no hay una sucesión, si la fe no pasa de padres a hijos. Y para ambas cosas hace falta una formación, en valores y de culto, que nos permita mantener nuestras tradiciones, pero ancladas en la evolución social.

En Semana Santa acompañamos a Cristo en su agonía y en su resurrección, pero será un esfuerzo inútil si no atendemos a los que sufren en nuestro mundo cotidiano y en nuestras familias.

Eso me lo enseñó Santa Madre Teresa la primera vez que hablé con ella. Era mi primer día en Calcuta. Yo había tenido un viaje de casi cuarenta horas sin dormir y la ciudad

me recibió con un monzón. Esa mañana me encontré con ella de casualidad, me preguntó de dónde venía y al decirle de Cartagena, España, me contestó sin dudarle: muy bien Gonzalo, está muy bien que hayas venido a Calcuta a ayudar a los débiles, a los pobres, y a los más necesitados, pero recuerda, Calcuta está en tu casa, en los que te rodean.

Otro día la escuché decir que el hambre de amor es mucho más difícil de eliminar que el hambre de pan, y que lo más grande que podemos hacer es seguir el mandamiento de Cristo de amarnos los unos a otros como él nos ama, (Juan 15:12), empezando siempre por nosotros mismos, porque, como ella misma decía, «donde hay amor está Dios». Y si ponemos a Dios en nuestras vidas, estará en todo lo que nos acontezca.

Desde este atril os exhorto a escuchar los crujidos internos de los demás y a practicar la caridad, a formaros, y a pensar cómo inculcar, en una generación tras otra, los grandes valores de nuestra Semana Santa, al igual que mis padres hicieron en mí, porque el mundo los necesita.

¡Hagamos la Semana Santa! Todos juntos: nazarenos, penitentes y portapasos. Sin distinguos. Seamos referentes en un mundo necesitado, y no cejemos nunca en nuestro empeño, ante ninguna dificultad, porque como Madre Teresa repetía constantemente: «Dios proveerá».

Segunda parte

Semanas Santas de Cartagena y La Unión: un vínculo de fe

Yo soy muy cartagenero, pero también tengo fuertes vínculos con La Unión, a través de la familia de mi padre y sus antepasados. Por eso quisiera mostraros ahora la fuerte relación entre las Semanas Santas de dos ciudades que fueron la misma tierra durante más de dos mil quinientos años, porque la vinculación va más allá del hecho de que la patrona de cada una recorre las calles de la otra.

Las procesiones de La Unión nacieron en 1870 por la voluntad de un joven cartagenero, Adolfo Bilbao Jiménez, establecido allí por su boda, que quiso emular la grandeza y la belleza de las procesiones de su tierra, llegando a ejercer de «sustitutas» durante el periodo de la reconstrucción cantonal. Con los años se introdujeron en ellas elementos cartageneros, como los granaderos y «la llamada», y se ha generado un gran respeto mutuo, como lo demuestra la glosa sobre la Semana Santa de Cartagena hecha en 1945 por los insignes poetas unionenses María Cegarra y Asensio Sáez.

Siempre hubo colaboración en donativos, en loterías, en rifas, o en la compra de imágenes y tronos, como cuando en 1934 la Cruz Roja de La Unión, para cubrir sus necesidades, vendió a la cofradía californiana el trono del hoy Cristo de los Mineros, que transformado en un «carro de enchufes» acompañó ese año al San Pedro en su traslado del Martes Santo, y en la década de 1940 las hermandades de La Unión adquirieron a la cofradía marraja las imágenes de Jesús Nazareno, San Juan y la Soledad, del artista valenciano José Alfonso Rigal.

Algunos de los momentos más emotivos de la Semana Santa de Cartagena son las visitas de diferentes imágenes a la Virgen de la Caridad en su basílica, y todos conocemos la historia de cómo Caridad Norberta Pacheco Sánchez, «Caridad la Negra», evitó que fuera destruida el 25 de julio de 1936. Ese día Caridad y las prostitutas del Molinete rodearon a un concejal del ayuntamiento de Cartagena, y a un acompañante, para protegerlos de la muchedumbre a la que se habían enfrentado para evitar su entrada en la basílica, consiguiendo que al final se fueran. Ese hombre al que protegían era el

sindicalista Miguel Céspedes Pérez, que había sido alcalde de Cartagena en 1932 y 1933, y había nacido en La Unión.

Además, existe consenso entre los historiadores sobre que una de las personas que más impulsó en los años cuarenta el establecimiento del orden, el desfile de los tercios al unísono, como elemento sustancial de la Semana Santa de Cartagena, fue Miguel Hernández Gómez, presidente del San Juan Marrajo, posterior alcalde de Cartagena, y nacido en La Unión.

Ambas ciudades compartimos también la agrupación musical La Unión, que acompaña al Jesús Nazareno marrajo desde hace más de treinta años, en «el encuentro» y en la majestuosa procesión del Viernes Santo, siendo ya casi una parte de su agrupación. Y también abrazamos, desde las postrimerías del siglo XIX y principios del XX, el espíritu flamenco de nuestras saetas, «flechas de amor» que rasgan la noche.

Finalmente, confieso que yo tengo una devoción muy especial por el Cristo de los Mineros, que recorre las calles de ambas ciudades, el mismo día y a la misma hora, gracias a dos agrupaciones hermanadas, por fin, desde el año pasado, simbolizando la simbiosis entre el homicida sufrimiento de Cristo en la cruz y el de los trabajadores de la mina.

Virgen de la Piedad: íntima contrición

Creo que a estas alturas del pregón ya se me ha visto mucho el color, pero no puedo dejar de alumbrar mi pasional devoción por una virgen que me ha robado el corazón gracias al ejemplo de mi querido, admirado y añorado José Luis Mendoza Pérez, fundador de la Universidad Católica San Antonio, pregonero en 2002, y un segundo padre para mí, cuyo ejemplo pretendo seguir en mi trabajo diario en la universidad.

Una Virgen que este año cumple cien años de su llegada a la ciudad el 6 de abril de 1925, Lunes Santo; que fue trasladada ese día desde la estación de tren a la iglesia de Santo Domingo, acompañada en eterna plegaria por los cofrades, las autoridades y el pueblo expectante; que representa el sexto dolor, el de María al recibir el cuerpo de Jesús al ser bajado de la Cruz; y que, aunque al principio no lo tuvo fácil, hoy en día

convierte en rosas frescas los corazones de todos los que se atreven a lanzarle una sincera mirada.

A algunos amigos, como Paco o José Jesús, les he confesado que, como diría aquel, en la intimidad me siento cercano a los marrajos, y eso es por culpa de la Piedad. Enhorabuena a todos sus devotos.

Muchos se asombran de mi devoción por la Virgen de la Caridad, la Virgen del Rosario, San Pedro, el Cristo Coronado, el Cristo de los Mineros, y la Virgen de la Piedad. Yo respondo siempre igual: son raíces sembradas profundamente en mí, por mis padres, y por alguien a quien quise como tal.

Tercera parte

Evolución de la Semana Santa de Cartagena

A todos nos gustan las procesiones de Cartagena tal y como son ahora, pero hemos de saber que no siempre han sido así, como me recordaban muchas veces mis padres.

Su evolución se debe, en mi opinión, a las innovaciones, a las dificultades económicas, a los desastres históricos y a algo muy cartagenero, la emulación y la colaboración.

Identidad frente a innovación

Los teólogos nos dicen que los antecedentes de la Semana Santa se remontan al siglo IV d.C., cuando tras la conversión de Constantino la iglesia salió a la calle. Se creó entonces la «orden de los penitentes», a los que se les exigía, por los pecados públicos cometidos, una serie de actos penitenciales el Miércoles Santo, caminando algunos con la cara tapada o descalzos, para ser readmitidos el Jueves Santo, recibiendo de nuevo los sacramentos.

Pocos detalles sabemos de su desarrollo en Cartago Nova, su teatralización posterior y el impulso de las procesiones por la contrarreforma católica que siguió al Concilio de Trento, pero sí que en el siglo XVII procesionaban en nuestra ciudad desordenados penitentes en cumplimiento de un voto, acompañando pasos primitivos, pequeños y ligeros, llevados por fieles, precedidos de músicos voluntarios, y con imágenes, o «insignias», vestidas humildemente e iluminadas con cuatro faroles.

Nuestras procesiones han ido superando obstáculos a lo largo de los siglos, introduciendo mejoras, y también algunas «peoras», pero siempre constructivas.

A partir de 1750 se inició una primera renovación, a pesar de la pobreza de las cofradías, y la Semana Santa de Cartagena se ligó de una forma muy especial al escultor Francisco Salzillo, y a otros, porque los californios y los marrajos les encargaron muchas imágenes para mejorar las existentes, financiadas por los hermanos mayores, por particulares anónimos o por grupos gremiales incorporados a las cofradías, como los albañiles, los calafates, los pescadores, etc.

Nuestra Semana Santa asentó en ese siglo XVIII, con la preocupación, presente ya entonces, de no convertirse en un espectáculo, un elemento de reflexión intelectual en sus procesiones, pero este empezó a ser sustituido a final del siglo XIX por la narración pasionaria, con la incorporación, por ejemplo, del primer crucificado en Cartagena en 1880 por la cofradía marraja, una talla anónima del penal; o de la Santa Cena, en la procesión californiana en 1883.

El conflicto por los cambios es consustancial a nuestra Semana Santa.

Conflictos con el ayuntamiento, como cuando en 1761 la cofradía marraja decidió trasladar, sin permiso, «el encuentro», que entonces se realizaba en la plaza Mayor, a la más marginal, pero más grande, de la Merced; conflictos con el Obispo, como cuando ambas cofradías estuvieron años sin salir a partir de 1774 por exigirles reducir el lujo en las procesiones, y que se saliese de día para asegurar su recogida antes del toque de oración; y conflictos dentro de la misma cofradía, como sucedió entre 1880 y 1910 sobre si sacar al San Juan o al San Pedro delante de la Virgen del Primer Dolor.

La prensa siempre ha tenido mucho peso, en especial algunos cronistas de la ciudad como Manuel González Huárquez, Isidoro Martínez Rizo o Federico Casal Martínez, cuyos artículos actuaban como gubias moldeando el devenir de las procesiones. A lo largo de los años se ha discutido y polemizado sobre si se debían introducir, o no, algunos cambios: los ramos de flor artificial; las nuevas túnicas de las imágenes; el tipo de comida y la vajilla usada en la Santa Cena; etc., etc., etc... ¡Cómo nos gusta a veces a los cartageneros garbillar agua!

Hubo innovaciones desde los primeros años, de esas que se consolidan y exportan, como la presencia de la compañía de armados en las procesiones californianas desde su fundación, introducidos en las marrajas en 1752 y en las del resucitado en 1949, simbolizando a los ejecutores de Cristo, razón por la que se les conoce como «judíos».

El orden, quizá nuestra característica más genuina, no siempre estuvo ahí, y su aparición parece que no tiene solo que ver con el carácter castrense de la ciudad, sino con una innovación. La introducción de la energía eléctrica en los tronos y los hachotes de los penitentes alrededor de 1914 obligó a unirlos a todos a través de unos cables, y a llevar un cierto orden del que ya se hacía publicidad en 1919. Cada agrupación fue

encontrando su personalidad en su cadencia propia, convirtiéndola en una seña de identidad ¡Qué sería ahora de las procesiones cartageneras sin su orden!

Otra gran innovación se introdujo cuando un grupo de cofrades marrajos, descontentos con la falta de recogimiento de una buena parte de los soldados que salían de penitentes, comenzaron a suplirlos en algunos tercios. El hermano Mayor los felicitó, y los animó a crear en 1926 la primera agrupación de Semana Santa, la del Santo Sepulcro ¡Qué sería ahora de las procesiones cartageneras sin sus agrupaciones!

Otras innovaciones, en cambio, no cuajaron y cayeron por su propio peso, como cuando el ayuntamiento quiso dotar hace cien años a la Semana Santa del carácter de «fiesta primaveral», para atraer turistas, programando actos lúdicos confundidos con los religiosos, y terminando el Domingo de Resurrección con una cabalgata y con la «quema de Judas».

También han aparecido y desaparecido a lo largo de los años cofradías pasionarias, como la del «Cristo de la columna», que desfilaba en 1640; la «Hermandad del Huerto», en 1642; la del «Cristo Crucificado», en 1646; o la «Cofradía infantil Sanjuanista» o «del Carmen», nacida con niños en 1910, con un Hermano Mayor de 12 años, y que desapareció en 1919.

Por fortuna para todos, las innovaciones también llegaron al campo de la igualdad, y poco a poco se han dado pasos para una justa integración de las mujeres en la Semana Santa, como su entrada en el tercio de granaderos en 1915, la creación de la primera agrupación femenina en 1943, la fundación del primer tercio mixto en 1979, o la aparición de un trono llevado solo por mujeres en 1998. Y ya en el siglo XXI se nombraron las primeras mujeres mayordomo y la primera Hermana Mayor. Bueno es recordarlo en el día Internacional de la mujer.

¡Benditas innovaciones!, esperemos que sigan introduciéndose en años venideros.

Dificultades económicas

Otro importante elemento de evolución han sido las dificultades económicas.

Hoy nos hemos acostumbrado a que los miércoles de ceniza se anuncie la salida de las procesiones y el ayuntamiento entregue su cheque asegurándolas. Pero no siempre fue así.

A lo largo de los siglos XVIII y XIX los californios y los marrajos luchaban sobre manera para conseguir el dinero que les permitiera sacar las procesiones, y por ser los primeros en anunciarlo a través del famoso «música y a la calle», un himno para los cartageneros.

A partir de cada mes de enero el silencio hacía subir la tensión, la prensa daba ánimos a ambas cofradías, y las retaba a ser dignas sucesoras de sus antepasados, y a recaudar recursos de múltiples formas, ante la reticencia de los comerciantes que no querían dar más dinero.

Esa incertidumbre acabó en gran medida con la llegada de las agrupaciones, a partir de 1926, que costearon la salida de cada uno de sus tercios y tronos, y consiguieron aportaciones voluntarias a través, por ejemplo, de recibos supletorios del agua o la participación en sorteos de lotería y rifas. De esa forma se transformó definitivamente la Semana Santa.

Desastres históricos

Las procesiones se han visto afectadas por desastres naturales, incendios, o epidemias de peste, como la de 1648, que mató a muchos marrajos, obligándolos a suspenderlas hasta 1663.

Otro de los acontecimientos que más problemas y oportunidades creativas y renovadoras han concedido a nuestra Semana Santa son las guerras, obligándola varias veces a empezar de la nada, en ocasiones incluso para bien.

Las del siglo XVII con los ingleses, los portugueses, los holandeses o los catalanes, la de secesión en el siglo XVIII, y la de Independencia, entre 1808 y 1814, pararon la salida de las procesiones durante varios años, y provocaron la desaparición de lujosos sudarios y alhajas, y el uso de las túnicas de los capirotos y nazarenos como fundas de cartucho.

La revolución cantonal motivó, en la reaparición de las procesiones en 1879, una profunda transformación que la prensa conoció como la metamorfosis «marrajocalifónica», gracias a la riqueza obtenida por muchas familias en la Sierra Minera, con la aparición de los tronos cartageneros de ocho cartelas y exuberancia de flor, diseñados por el arquitecto Carlos Mancha, que todavía hoy son santo y seña de nuestra Semana Santa.

Y la guerra civil, además de paralizarlas de nuevo, conllevó el expolio de archivos, vestuarios, bordados y estandartes, y la destrucción de gran parte de las imágenes que se procesionaban, incluyendo doce Salzillos, «achacándoles culpas ajenas», como dijo Carmen Conde; reduciendo notablemente el legado que ha llegado hasta nuestros días.

La emulación y la colaboración

Me atrevo a decir que la emulación y la colaboración entre las cofradías y las agrupaciones son dos de los elementos que más han hecho evolucionar la Semana Santa de Cartagena.

La creación de la Cofradía del Prendimiento en 1747 estimuló a la del Nazareno, suscitando un duende competitivo entre los «calis» y los «marras» que durante más de dos siglos dividió a la prensa y a las familias, y provocó sonoras fugas de un bando a otro.

En esos tiempos hubo una obsesión por demostrar que una cofradía lo hacía mejor que «la de enfrente», llegando a tomar decisiones difícilmente entendibles hoy en día.

En 1904, por ejemplo, los marrajos, ante la imposibilidad de salir de los californios por razones económicas, decidieron sacar la procesión de la calle de la amargura el Miércoles Santo, 30 de marzo, con el único fin de representar el lavatorio, y apropiarse del día californio y de la figura de Poncio Pilato, la más representativa en aquel momento.

Y en 1909, los californios, que no habían podido sacar la del Miércoles Santo por la lluvia, decidieron, ante la imposibilidad de los marrajos de organizar la del Santo Entierro por razones económicas, procesionar el sábado 10 de abril los tronos de la

Dolorosa, San Juan, la Verónica, y el de un Jesús Nazareno vestido por vez primera con túnica roja, sacrilegio que le costó el puesto al Hermano Mayor Marrajo.

A pesar de esos piques, muy cartagenos por otra parte, la colaboración entre ambas cofradías también ha sido constante, como cuando en 1932, ante la prohibición de los piquetes por el gobierno republicano, llegaron a un acuerdo por el que los granaderos marrajos dieron escolta a la Virgen del Primer Dolor y los californios a la de la Soledad.

También han hecho actos conjuntos para recaudar fondos, como festivales en el Teatro Circo, bailes de Carnaval en el Teatro Principal, campañas radiofónicas, festejos taurinos, partidos de fútbol entre ambas, o concursos de Cante Jondo para aficionados y profesionales, como el organizado el 28 de agosto de 1930 en la zona vallada de Alfonso XIII.

Aunque esa rivalidad no ha desaparecido, en mi opinión hoy en día se ha transformado, en parte por la aparición de otras cofradías, en emulación entre agrupaciones, pero también en hermanamientos entre ellas, porque, aunque siempre se prefiere que «le llueva a otros», es verdad que una rivalidad con respeto mutuo, reconocimiento y crecimiento personal es fuente de progreso, engrandecimiento y consolidación de nuestra Semana Santa.

Aprendizaje y responsabilidad

Esta historia de errores y aciertos, sacrificios y alegrías, devociones y penitencias, nos revela que hoy custodiamos el mayor tesoro que una ciudad puede ofrecer: su «ancestral alma devocional», motivo de orgullo, y de una admiración que trasciende fronteras.

Nosotros somos los únicos responsables de custodiar el patrimonio material, inmaterial y humano de nuestra Semana Santa; de cuidarla; y de legarla intacta a las generaciones por venir. Os invito a todos a seguir ese camino, sin perturbar la belleza de nuestra noble, sagrada y colectiva misión, por asuntos banales y rencillas sin sentido.

Cuarta parte

Cierre del pregón: bendito sacrificio

San Agustín dijo que la cruz de quien murió porque quiso, y como quiso, es el camino con el que Dios decidió redimirnos, la senda a la resurrección; por lo que no debemos separarnos nunca de ella: *A cruce Christi noli resilire*. (San Agustín, comentario a los Salmos 91, 8).

El problema es que en el mundo de hoy huimos del sufrimiento, del sacrificio y del esfuerzo, y queremos desprendernos pronto de nuestra propia cruz.

Reflexionemos en este año jubilar 2025, seamos «peregrinos de la esperanza». Salgamos de nosotros mismos y establezcamos, o regeneremos, nuestra comunión con Dios.

Para ello todos debemos experimentar lo que Cristo Redentor hizo por nosotros, y las procesiones de Cartagena son un libro abierto en las calles, para que cada uno lo interprete a su manera, y pueda resucitar día a día, en su *Kairós*, con un corazón puro y lleno de la alegría del evangelio.

A veces no miro la Semana Santa con los ojos, y es entonces cuando me hace llorar. Así es como invito a todos los cartageneros del mundo a vivirla en 2025. Por eso os animo a salir a la calle, y a ser partícipes de un rito que los cartageneros pasamos de generación en generación.

Ya me despido. Pero no quiero hacerlo sin proclamar a los cuatro vientos que soy hijo de la Jerusalén de Hispania y vivo enamorado de Cartagena. Un amor transmitido por Laly y Gonzalo, y que, siguiendo su ejemplo, seguirá vivo en mis descendientes.

No tengo remedio, sé que es un romance anónimo, porque mi ciudad no sabe quién soy, pero no puedo evitarlo.

Estoy enamorado de ti, Cartagena
enamorado de tu alma cofrade abierta,
enamorado de tu tierra de pasión recurrente,

enamorado de esperarte y vivirte.

Enamorado de ti, Cartagena

porque eres lo que siempre quise.

Estoy enamorado de ti, Cartagena

Enamorado de tus colores cofrades: negro, rojo, morado y blanco

Enamorado de tus silencios ordenados

Enamorado de tus luces y tus flores

Enamorado de ti, Cartagena

porque eres lo que siempre quise.

Te pertenezco.

Gracias, papá, por **Crear** este romance.

Gracias, Cartagena, por **Recogerlo**.

Gracias, mamá, por **Incendiarlo**.

Gracias, hermanos cofrades, por **Secundarlo**.

Gracias, Virgen de la Caridad, por **Tutelarlo**.

Gracias, Señor, por **Observarlo**.